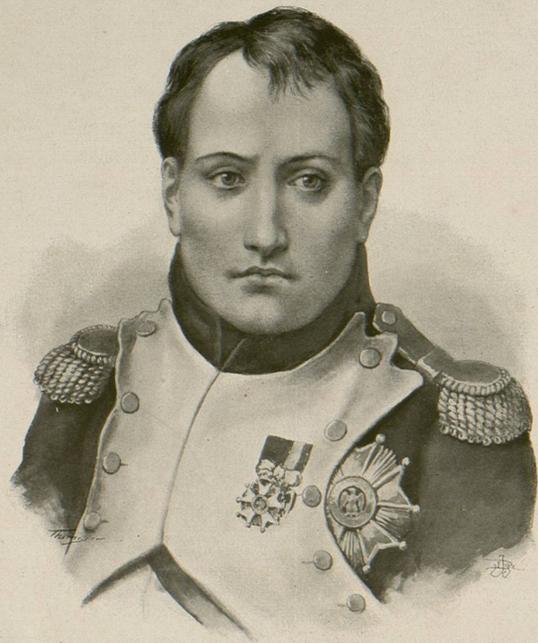


el oidor Aguirre, hombre resuelto y ambicioso, recién vuelto del destierro á que lo había condenado el arzobispo, fué, á pesar de su poca amistad con Catani, el presidente de la Audiencia, el alma directora de ésta, que naturalmente tomó un marcadísimo tono reactor, hostil á las ideas nuevas; con ella se entronizó de nuevo el partido que había derrocado á Iturrigaray y cuyo programa podía condensarse en esta fórmula: *la Nueva España para los españoles*. Los conjurados se dispusieron á entrar en acción.

Del acantonamiento de tropas en Perote y Jalapa, al mando de Iturrigaray, brotó la idea de la insurrección; muchos brillantes oficiales mexicanos allí se vieron y se entendieron; la



Napoleón I

primera forma que asumió para ellos la idea de Patria, que en estado difuso era ya dueña de grandes grupos de almas, fué la que esbozaron en sus proposiciones los síndicos del Ayuntamiento de México ante Iturrigaray, el jefe simpático que en los acantonamientos militares había adquirido gran popularidad entre los oficiales criollos. Todos sus ensueños de autonomía vinieron por tierra con el destronamiento brutal del virrey, y cuantos conocen la forma seca y profundamente humillante y exasperadora que suele tomar el despotismo español, aun cuando en el fondo pudiera ser más generoso que otros, comprenderán el estado de ánimo de los oficiales mexicanos. Algunos se mantuvieron fieles á la causa española, como el joven oficial Iturbide; otros compañeros suyos conspiraron en Valladolid (Morelia), pero fueron descubiertos y suavemente castigados; mas la conspiración, abortada en Valladolid, renació en Querétaro, en donde los afiliados formaron un grupo considerable que bajaba del corregidor Domínguez, jefe del poder judicial en la localidad, hombre probo, instruído y apocado, hasta los González, que tenían gran ascendiente en los grupos del pueblo á que pertenecían. La conspiración estaba ramificada en diversas ciudades, pueblos y haciendas del Bajío, en Septiembre de 1810. El capitán de dragones del regimiento de la Reina, D. Ignacio Allende, que había podido evadir las persecuciones dirigidas contra los conspiradores de Valladolid, de quienes era activo agente, fué el promotor de esta organización revolucionaria. El sentimiento patriótico se condensaba en esta fórmula: *la Nueva España para los mexicanos, ó americanos*, como decían nuestros abuelos; pero para llegar

allí era preciso arrebatarla á los españoles; era necesaria la lucha, y una lucha probablemente desesperada. Esta idea, perfectamente justa, entró bien en el cerebro de Allende y sus coadjutores. Hidalgo, á quien el soldado quería confiar el primer papel en la acción, por el inmenso prestigio que le daba sobre las multitudes su carácter sacerdotal, porque en él la idea de la independencia tenía un sello superior, eminentemente social, pues equivalía á la emancipación del indio, declarándolo mayor de edad y abriéndole con el trabajo industrial, no ejercido por tolerancia, sino por derecho, el camino de la libertad (el cura Hidalgo era el más celoso y notable industrial del país); Hidalgo, decimos, dió todo su inmenso valor moral á la obra común, presagiando que pagarían su intento con su vida; él dió el ejemplo. Desde el momento en que Hidalgo tomó parte en la conspiración de Querétaro, lo dominó todo con su voluntad y su conciencia; su conducta como jefe de la insurrección, digna á veces de justísima censura humana, se la dictaron las circunstancias; su propósito se lo dictó el amor á una patria que no existía sino en ese amor; él fué, pues, quien la engendró, él es su padre, es nuestro padre.

La revolución debía estallar en Diciembre de 1810, durante una gran feria en una de las ciudades del Bajío; graves indicios de que algo había llegado á noticia de las autoridades españolas, obligaron á los jefes á acortar el plazo, señalando los principios de Octubre; mas lo que era sospecha se convirtió en certidumbre: la conspiración, que, al ramificarse, se había puesto en contacto con muchos, había sido denunciada en México, en Guanajuato, en Querétaro. Los conjurados militares se agruparon instintivamente en derredor de Hidalgo; allí les llegó la noticia, enviada por la heroica esposa del corregidor Domínguez, la primera mexicana, de que todo estaba descubierto y de que se aprisionaba á los conjurados. Hidalgo no vaciló; reunió la gente que pudo, le dió las armas que tenía, la entusiasmo con su palabra y con su ejemplo en la mañana del 16 de Septiembre, en el atrio de la parroquia, y salió rumbo á San Miguel (hoy Allende); en el camino tomó un cuadro de la Virgen de Guadalupe, la Madre de Dios de los indígenas, lo declaró lábaro de su estupenda empresa, y las multitudes rurales, abandonando sus arados y sus cabañas, lo siguieron como á un Mesías; al grito de: «¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe y muera el mal gobierno!» (muera los gachupines, como decían las turbas), la conjuración de Querétaro se había tornado inmenso levantamiento popular: era la Insurrección.

Hidalgo se esforzaba en mantener su ascendiente sobre aquellas masas indisciplinables, que, como sucede con todas las multitudes humanas comprimidas de generación en generación, se dilataba repentinamente, al cesar la presión, en efervescencias salvajes; la libertad, para aquellos grupos, no era un derecho, era una embriaguez; no era una actitud normal, era una explosión de odio y de alegría; aquélla era indisciplinable, incontenible; tenía el aspecto de una fuerza de la naturaleza en toda su violencia: tromba, huracán, inundación. Allende se empeñaba en crear un núcleo militar dentro de aquella horda y luego desprenderse de ella, empresa imposible. La del Cura podía realizarse á fuerza de complacencias, que fueron tristísimas y crueles algunas veces, como las matanzas de españoles en Guanajuato, en Morelia, en Guadalajara; abominaciones que duelen, porque quisiéramos ver immaculada la figura del mexicano supremo en la historia, pero que tuvieron por resultado tender un infranqueable mar de sangre entre insurgentes y dominadores; así toda transacción resultó imposible.

Los caudillos recorrieron en triunfo el Bajío; se apoderaron de Guanajuato, en donde el honrado intendente Riaño improvisó una brava defensa en el macizo edificio llamado «Alhóndiga de Granaditas,» á cuyas puertas murió. Abundaron los desmanes y crímenes de aquellas hordas frenéticas, que luego tomaron el rumbo de la capital por Valladolid; en esta ciudad no tropezaron con otra resistencia que la que les opuso con sus edictos de excomunión el obispo Abad y Queipo, hombre eminente por su saber y su espíritu observador



D. Ignacio Allende

y recto, y personal amigo del caudillo de la insurrección: el edicto, refutado de un modo irrefragable por Hidalgo (no es cierto, decía el Cura, que para ser buen católico sea necesario ser buen español), mostraba el estupor y la ira que la sorprendente tentativa de Hidalgo había causado aún en los españoles de alto valer intelectual. Los insurgentes pasaron por encima de las excomuniones, que el jefe del cabildo de Valladolid se apresuró á levantar, y el gran cura decretó *la abolición de la esclavitud y la supresión del tributo* que pagaban los indios; las multitudes que Allende era impotente para disciplinar, tomaron el rumbo del valle de México por Toluca; vencieron, casi en las puertas de la capital, á su escasa guarnición, y retrocedieron sin intentar apoderarse de México, á pesar de que recibieron invitaciones para ello.

Hidalgo no había tenido tiempo de organizar plan ninguno: sus

disposiciones se referían á asuntos del momento y las ideas generales que contenían podían resumirse así: «acabar con el elemento español en la Nueva España, para que ésta, dueña de sí misma, pudiera conservarse intacta para Fernando VII, rey legítimo (que, naturalmente, se esperaba que nunca saliese del cautiverio).» ¿Qué clase de gobierno se establecería en la nueva nación americana? Algo pensó Hidalgo sobre esto: un congreso, un sufragio municipal, era la base. Mas sea como fuere, el movimiento había cundido; por dondequiera se levantaban grupos en armas; multitud de hombres devotos de las ideas nuevas aceptaban bravamente el puesto de peligro en estos levantamientos parciales: algunos militares, más abogados, muchos clérigos; ellos eran los más resentidos contra el alto clero, eran los más conocedores de las teorías nuevas, enseñadas por sus mismos refutado-

res, ellos palpaban el mal social, la inmovilidad de la masa indígena, y, sintiendo mejor el mal de la dominación española, se horrorizaban de que ya no tuviera por contrapeso la autoridad siempre moderada y humanitaria del monarca, y, por ello, eran más patriotas.

Mientras que el edicto del obispo clecto de Michoacán despertaba sendos ecos en todas las

sedes episcopales del reino, y se reagrababa la excomunión de Hidalgo y sus secuaces, «los protervos,» como les llamaba la Iglesia, el flamante virrey Venegas, que precisamente en esos días se había hecho cargo del gobierno, organizaba la escasa guarnición de México, que ya lo dijimos, fué vencida, no tanto por las temerarias chusmas de Hidalgo, cuanto por la bravura de los soldados de Allende, y llamaba en su auxilio al brigadier Calleja, que salió de San Luis Potosí, se reforzó con las tropas del conde de la Cadena, en Querétaro, alcanzó en los primeros días de Noviembre al ejército insurgente en plena retirada y lo venció y casi desarmó; por fortuna, en los mismos días la insurrección obtenía señalados triunfos en el interior y se adueñaba de Guadalajara, Zacatecas y Tepic.

Los caudillos principales, que consideraban la lucha bajo dos aspectos distintos (como un levantamiento popular Hidalgo, como un problema militar Allende), se separaron poco a poco; el primero fué á Guadalajara, después de permitir horribles asesinatos en Valladolid, y el segundo marchó á Guanajuato. Hidalgo comenzó á regularizar el insólito é informe poder



México.—Estatua del monumento á la Corregidora, próximo á inaugurarse